

E. Pascual (con Ana, Darío y Nuria), *Conversaciones de grupo con latín al fondo*, Villanueva de Villaescusa, Valnera Literaria, 2022, 206 pp.

Cuando se comienza a leer este libro se cree uno ante un libro didáctico, surgido de la nostalgia del latín (como se admite expresamente en la p. 152), escrito y concebido para un público en edades tempranas. Pero poco a poco se da uno cuenta de que es más, mucho más. *Conversaciones de grupo con latín al fondo* no es solamente una reivindicación sentida y combativa del conocimiento de la lengua latina o un pequeño e ingenioso manual de didáctica para quienes dan sus primeros pasos en ese conocimiento: cuando uno lo cierra, después de sorberlo casi de una sentada, tiene la convicción de haber disfrutado de una espléndida celebración de la sabiduría libresca... y de la otra.

Esa sabiduría debe uno reconocérsela a su autor, Emilio Pascual, un nombre y un hombre relevantes en nuestras letras. Septuagenario ya, filólogo de formación y con una vocación docente de la que este trabajo da buena prueba, ha desarrollado su labor profesional en el mundo de la edición, asociado de manera indeleble a los fondos de Anaya y, muy en particular, al sello Cátedra. No es esta su primera incursión como autor ni su primer ejercicio en el difícil arte de dirigirse a un público menudo sin que los mayores tengan empacho en leer el resultado, una actividad premiada en varias ocasiones. Recibió el Premio Lazarillo en 1999 por *Días de Reyes Magos* y al año siguiente fue galardonado con el Nacional de Literatura Infantil y Juvenil.

Con su hermoso título pictórico, estas *Conversaciones* conforman un libro escrito desde el mirador de la vida pero firmemente anclado en la realidad y, habría que decir, en la modernidad. Se trata de un intercambio epistolar, vía correo electrónico, entre el autor y tres jóvenes discípulos, Darío (de 8 años), Ana (de 13) y Nuria (de 21), surgido, como los grandes incendios, de un chispazo. Ese chispazo se produjo cuando el más pequeño de los interlocutores de Emilio quedó cautivo por la sonoridad de una frase que a este reseñista no puede por menos que removerle el alma. La frase es de Tácito: *Solitudinem faciunt, pacem appellant*. Puesta en boca de Calgaco, el jefe de los caledonios que libran su última y desesperada batalla contra las legiones romanas al mando del general Julio Agrícola, esa frase serviría a Emilio Pascual de oportuno “marco” (por usar una terminología a la moda) para comentar en una conferencia las Guerras del Golfo. Darío la memorizaría y repetiría ante sus pasmados condiscípulos de ocho añitos y, orgulloso de su éxito, después pidió más. La “sed” de latín del pequeño Darío trató de ser saciada por Emilio Pascual mediante correos a cuyas lecciones se sumarían enseguida Ana y Nuria. El intercambio de epístolas electrónicas comienza en marzo de 2003, a razón de una cada fin de semana, y se prolongó durante un año. La estructura del libro sigue la secuencia de cartas remitidas por el autor con sus ocasionales réplicas por parte de los destinatarios.

El método de enseñar latín a partir de frases célebres, como la que dio origen a todo el proyecto, demuestra aquí sus virtudes. Ese método parece ajustarse a los en-

deca sílabos de Borges que se citan: “el obstinado mármol de esa lengua/ que manejamos hoy despedazada.” *Omnia vincit amor; Amantes, amentes; Tempus fugit*: ese es el tenor de las frases iniciales que dan pie a las explicaciones del profesor. Pero poco a poco, mientras el maestro se toma libertades como poner tildes en las palabras latinas allí donde la pronunciación puede resultar equívoca para los alumnos, la complejidad va creciendo. Se comentan así textos como el virgiliano *Felix qui pôuit rerum cognôscere causas* o el ovidiano *Donec eris felix, multos numerabis amicos, tēpora si fuerint núbila, solus eris*. Y junto a la nostalgia del latín va apareciendo también la nostalgia de otros amigos.

Otros grandes amigos son el inevitable Borges o el omnipresente Cervantes, de cuyo *Don Quijote* salen incontables citas, siempre a cuento y nunca afectadas, o el Platón de *El banquete* o Michel de Montaigne, pero también Dürrenmatt, Johnson o Unamuno. Y también hay guiños y reconocimientos a otros muchos personajes menos conocidos del público pero más carnales para el autor, a quienes Emilio Pascual trae a su texto como sincero homenaje a la amistad.

Con todos esos ingredientes se enhebra un discurso que excede paulatinamente las explicaciones gramaticales o etimológicas sobre el latín para tocar de forma brillante y conmovedora algunos de los temas fundamentales (la libertad, el amor, el paso del tiempo, la muerte, la belleza, la patria, la religión...), de tal manera que, como el propio autor reconoce en su epílogo, “las cartas se fueron enriqueciendo con textos y comentarios en ocasiones fuera del alcance de Darío” (p. 159). No importa: Darío crecerá para llegar a alcanzarlos, pensamos, y los lectores maduros habremos disfrutado de un libro sabio.

Por si todo eso fuera poco, la edición se completa con un “Apéndice para lectores apresurados” donde, utilizando como lemas expresiones y locuciones latinas que se explican por estricto orden alfabético, Emilio Pascual hace gala de su erudición y su humor a partes iguales. Un simpático ejemplo sería la parodia del *beatus ille* horaciano que se incluye bajo ese lema, contraparte a la conocida imitación de Fray Luis de León: “¡Qué descansada vida/ la del que, bien comido y bien bebido,/ sigue la divertida/ senda por donde han ido/ los muchos cucos que en el mundo han sido.”

Otro tanto sucede con ese “Índice onomástico” que, aparte de prueba evidente de la abundancia de amigos citados, deja de ser un inocente complemento de rápida consulta para exigir del lector ojos atentos con los que descubrir ricos y jugosos comentarios. Por ejemplo, la entrada correspondiente a Byung-chul Han reza: “Filósofo germano-coreano, que nos ha enseñado cómo nos atormentamos a nosotros mismos sin haber leído a Terencio”.

Un libro docto, sabio y ameno, en fin, para todos aquellos que amamos la lengua latina, para quienes seguimos confiando la cura del alma a la lectura de los libros y para quienes creemos que no hay suerte más deseable que llegar a una edad avanzada con la mente lúcida y despierta.

Juan Luis Conde